

1989

Historia de Margarito Miramontes

Hernan Lavin Cerda

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Cerda, Hernan Lavin (Primavera 1989) "Historia de Margarito Miramontes," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 23.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/23>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

HERNAN LAVIN CERDA

Historia de Margarito Miramontes

Teresa Sporkamm y Mitchell Maclin llegaron esa noche a la Plaza de Armas de Facatativa y sin ruido desataron las mochilas y los baúles que contienen los cinco pequeños aljibes verdes donde se guarda el jugo de las dulcamaras.

— Atención — dijo Teresa dirigiéndose a los habitantes del pueblo que se reunían en el bar la Tempestad —: vengan a ver la miel que se agarra a los montes. Y vaciaba el líquido espeso de una calabaza a otra por un embudo de cedro con su filtro de esparto y algunas hebras de lata.

Celinda Pérez, que había sido prima hermana de Marta Gay y conocía la historia de la abuela Padilha, se acercó a Mitchell Maclin cuando éste desenroscaba la culebra de cola peluda y ojos que según dijo Tabo, el hijo de Celinda, eran como los ojos de los murciélagos que cría la nieta de la abuela Padilha dándoles leche de cabra con babas de caracol. Al Tabo le gusta la piel de Amarilis porque la siente tan intensa como las guayabas en octubre, y es de garambuyos la palidez de sus mejillas y su garganta adolescente. Pero cuando la ve salir taciturna y con el vértigo que sufren los dueños de un criadero de murciélagos, baja la vista como tatú y no se atreve a mirarla.

Sebastián, Rosendo y Rudecindo se acercan a Teresa, luego a Mitchell, y observan cómo fermenta el jugo gris de las dulcamaras en el fondo de las calabazas que ella agita de un modo animal.

— Vengan a ver lo invisible — sonrío Teresa Sporkamm —: vengan a ver la muerte de la idea, la perfección elzeviriana, el prestigio del dolor, pues lo importante en la vida no es competir, y otra sería la suerte de la Santa Rusia si Rasputín el calumniado, el místico, estuviera vivo y dispuesto a embarazarnos con su misticismo que puede pulverizar las rocas más grandes del océano.

A cincuenta metros de La Tempestad se levanta la casa de ladrillos largos y balcones de caoba: allí vive Carlina con sus muchachas acostumbradas a mojar el fuego y producir pasiones irrefrenables. La mayor de ellas se llama Luisa, pero en todo el pueblo le dicen la Turbulenta porque usa medias del color de las tinieblas y lleva ligas cuyo encanto es el cautiverio de todo el que se arroja a besarlas. La Turbulenta nació muy cerca de la frontera con Venezuela y sus padres la trajeron a Facatativa hace veintidós años, cuando el pueblo era habitado sólo por treinta cabras, ciento cuarenta y dos indios de nariz corta y orejas como lempiras, y una plaga de urracas con el vicio de robar objetos brillantes. La Turbulenta tenía la costumbre de aceptar cualquier reto, y siempre conquistaba el triunfo a través de una estrategia compuesta de dos fases: primero convulsionar el vientre desnudo hasta conseguir la hipnosis y la parálisis del enemigo, y después convertir sus nalgas en una boa de dos caras y cubrir por el cuello al hechizado con flujos marinos como los de la *Claudea elegans*. Su última víctima fue Salomón Garmendia, el hijo menor del alcalde, y estuvo a punto de venir el escándalo pero la alcaldesa se subió al studebaker con cola de carroza fúnebre y ordenó a su chofer que la llevara rápidamente a la obispalía y luego a la sala de crónica de El Diario Ilustrado y La Segunda, los únicos periódicos que se comunicaban por una puerta falsa y un pasadizo sin luz.

— La tentación obnubila — dijo el padre Gutiérrez, encargado de los bautizos y las confirmaciones tardías —. Cuánto lo siento por el pobre Salomón: creo que a pesar de todo sigue siendo un buen muchacho, aunque ya no sea tan ejemplar como lo fue durante el invierno de 1973, cuando vino todos los jueves al catecismo.

Dorotea, sirvienta del padre Gutiérrez desde la pubertad, y cuyas trenzas de color ceniza le llegan hasta el hueso, pasó junto a la esposa del alcalde hundida en su bayeta y llevando en la mano izquierda el devocionario con forros de piel de gamo.

— Aquí está el libro — anuncia Dorotea —: no pude traerlo antes porque las palomas capuchinas no me dejaban tranquila. Y suspiró junto a la esposa del alcalde: — la compadeczo, doña Hermelinda: en mis sesenta años nunca

he visto a un niño tan travieso y abusionero como don Sa omoncito. Además, lo veo suelto de tiro y listo para irse de piruja.

— No digas tonterías y húndete — dijo el padre Gutiérrez temblando de su ojo, y Dorotea tomó una palangana sucia que había cerca de la alacena y salió de la sala engarruñándose.

— Hace un poco de frío — suspiró la alcaldesa y se dio media vuelta hasta tocar el piano de juguete con la punta del pie.

— Pasa el tiempo y estas fregonas se vuelven insoportables — dijo el padre Gutiérrez mientras abría un cofre de pórvido y sacaba media docena de caramelos verdes —: ¿se sirve usted, doña Hermelinda?

— No padre, gracias — pero cambió de opinión y abrió su mano enguantada —. Uno y nada más — suspiró sin ganas —: le ruego que sea el más pequeño de todos.

— Todos son iguales: verdes por dentro y por fuera.

— Entonces el más pequeño, se lo suplico — dijo ella.

Sonó dos veces el timbre de bronce, la esposa del alcalde se puso el otro guante, y luego de despedirse con un gesto infantil, agitando su nariz y engurruñando los hombros, abandonó el recinto sin hacer mucho ruido con sus tacones altos.

El padre Gutiérrez recorrió el visillo de la ventana como cuando algún caballero se quita el yelmo con cuidado y desata los quijotes que le cubren los muslos: dijo estoy loco y fue a sentarse en la silla curul, abrió cariñosamente las páginas del devocionario hasta llegar a la 123, y leyó en voz alta: *Alguno trae en su barco una negrada que vender o un fanático que quemá a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros.* Qué prosa tan fantástica: cómo se nota que los antiguos eran poetas, y se fue levantando sin codicia pero tocó el timbre de los llamados y Dorotea, que desde hace veinte minutos arrulla al gato Umberto más allá de la sacristía — entre la cocina y el cuarto donde se almacena la correspondencia —, gritó ya voy, ya voy, haciendo un embudo con las manos, y empezó a caminar como los gansos. Cuando llegó a la sala con su paso atormentado, el padre Gutiérrez le pidió que pusiera *El trino del diablo*, de Giuseppe Tartini, y ella echó a correr el disco sobre la discorola holandesa.

— Qué música tan fantástica — y en sus ojos el color de la sabinilla —: cómo se ve que los antiguos poseían el secreto de la vida barroca.

— Mmmmmmm — murmuró Dorotea con Umberto en los brazos.

— ¿Dónde se habrán quedado las culebrinas? — preguntó el padre Gutiérrez después de observar la cola del gato acostumbrado a la leche de pajaritos búlgaros con miel de palma.

— ¿Cómo dice? — preguntó Dorotea y Umberto fue lamiéndole la palidez de las orejas.

— Sí — dijo el cura entre sollozos. Estaba empapándose de sudor y sus ojos ya no tenían el color de la sabnilla —. Ya ves cómo todavía me funciona la asociación de las ideas.

— Sí — dijo ella sin convencerse —: por supuesto que sí. Con usted no hay pihuelo ni cururo ni rodela que valga. Estate callado, Umberto: ¿no ves que tu mojada me hace daño? Pero de todos modos ¿se podría saber en qué se parece mi gato a las culebrillas?

— ¡Culebrinas! — exclamó el padre Gutiérrez y la nariz se le volvió púrpura, nadie sabe si de rabia o de vergüenza —. A tu edad ya debieras poseer una mínima cultura en asuntos de artillería de todos los tiempos. La relación es sencilla y evidente: al reflexionar sobre la cola de Umberto se establece un inmediato contacto bélico que se vincula con las primeras piezas de la artillería universal.

— Qué extraordinario — estornudó Dorotea —. Cualquiera diría que además de dominar la palabra sagrada usted conoce las leyes subterráneas de la uromancia, tal como le sucedió al finado Catarino Miramontes, el mismo del combate que empieza en martes para en viernes acabar.

— Conozco algo de eso — dijo el cura presuntuosamente —. Conocí a Carmelo, el padre de Catarino, y a Margarito, que según la leyenda fue el patriarca de la familia Miramontes. Margarito no sólo descubrió los poderes de la uromancia sino que fue mucho más lejos: a su inquietud se debe el primer tratado acerca de la mecánica del aquelarre en el mundo occidental. Como era dueño de una fabulosa caligraffa, redactó al anochecer sus sueños celestiales y sus contrasueños feroces, y así, durante diecinueve años, Margarito pudo descubrir que nuestro mundo es el único mundo auténticamente loco. Fue un monje sin hábitos y el jueves dijo que los contrarios no se excluyen entre sí: lo blanco puede ser turbio porque la identidad surge de las fuerzas opuestas. Por eso todo es nuevo bajo el sol que cada mañana sale por el este y el oeste. Recordemos que la grandeza de Margarito no acaba en sus escrituras: junto a Carmelo modeló el motor a leña, el zeppelin ndígena, la zanfonía sin manubrio, el candil sin mecha, la bujía de humo, la zambomba rellena, el zafiro blanco, la urania de cristal verde como las de Madagascar, el esqueleto del urogallo, el urubú y la urraca, el caballo de hierro, la rodela electrónica, el minué bamboleante, el alzacuello azul, las barricadas de roble donde se añeja durante una década el ron dorado que sigue elaborándose con mieles de caña de azúcar, el horno de palo de boldo para asar los quesos oscuros, la salsa tricolor, y luego servirlos junto al filete a las brasas con guacamole, enchilada de pobre, rajas, fr jolitos, y al fin, un vaso de agua fresca traída al mundo en 1592 por el Maestro de Campo Juan de Tejada.

Umberto se había quedado dormido en los brazos de Dorotea y el sol cala sobre la vaqueta de la silla curul, pero el padre Gutiérrez estaba destinado a recibir el influjo solar.

— Vuelve a correr el visillo porque si no me incendio — dijo en tono de súplica y Dorotea, que aún sigue embobada con la historia de Margarito Miramontes, grita como si viniera de un sueño:

— Qué portentoso, qué inmenso animal descubridor y qué manera de r invencionándolo todo como sucedió con Catarino y, según cuentan, así también fueron los hijos de Don Quijote.

— Corre los visillos — ordenó el cura pero Dorotea, de quien nadie sabrá nunca si se hizo la sueca, la muda o la sorda, dijo quitándose una espina:

— La verdad es que nuestra fantástica historia merece el más soberbio cañonazo de bombardas. ¡Vivan todos los Miramontes!

— Qué vanflocua y qué bambarria eres — dijo el padre Gutiérrez secándose el sudor que le corría por el alzacuello de popelina inglesa —. Si parece que hubieras nacido de parto artificial o, de noche, cuando a la luz de la vela te observo de perfil y veo tus arranques mentales y tus temblores del pecho y la garganta, pienso que oculta te das al flujo de la bombona de tinto o a la damajuana con chicha.

— ¡Viva Catarino y Carmelo y Margarito!

— Está bueno, ya, basta — suspiró el cura —: arrodillada y como en celo, léeme, modulando la voz, todas las páginas que siguen — y le pasó el devocionario que estaba sobre la alfombra azul y junto a la cola de Umberto.

— Nunca — dijo Dorotea arrodillándose y agitando sus ojos como los de un armadillo que acaba de salir del infierno de Ocumicho —. Me declaro en huelga y no leo ninguna cosa hasta que usted me cuente las últimas hazañas de Margarito Miramontes, porque en todo el mundo se sabe que hay todavía otras historias ocultas — dijo espiando a Umberto, cuya cola se retorció como lechón en el fuego.

El padre Gutiérrez se puso furioso por la actitud irreverente de Dorotea: si tuviera aquí mi guitarra de cedro rojo le daría un guitarrazo de esos que nunca se olvidan.

— Está bien — dijo al verla tan resuelta —: te voy a contar el último de sus inventos, pero antes dile a tu gato que se duerma y deje la cola inmóvil.

Entonces Dorotea se inclinó sobre Umberto y le fue cantando una canción de cuna.

— Hace ya muchos años — dijo el cura sin mover la cabeza — llegó a Facatativa un hombre muy alto y muy flaco con doble barba y un lunar violeta en su tetilla izquierda. Jamás pudimos saber su nombre a pesar de que en su turbante destacaban dos iniciales tejidas en hilo de oro: I. B. ¡Ignacio Bracamontes!, bostezó el abuelo del alcalde, pero luego desistimos de la dea pues era imposible que un Bracamontes tuviera la piel tan apergamizada como el desconocido del lunar. Al poco tiempo se supo que

venía viajando desde Bhubaneswar y había vivido cinco años en el monasterio de los montes Ajanta, contemplando a Bodhisattva con su flor de loto azul. Al amanecer de cada jueves, después de beberse el jugo de toronja con algunas gotitas de leche humana, el ayunador salía al balcón del segundo piso del antiguo Hotel Vesubio y se iba encogiendo a medida que entraba en el universo de la mente más allá de la física. Aun cuando se dijo que era gemelo de los metafísicos de ficción, nadie fue capaz de mantener ese juicio, ni siquiera el doctor Baudilio Losada, el último de los especialistas en ciencias dispersas y fenómenos paranormales. Una noche en que el sol estuvo oculto, el desconocido del turbante hizo amistad con Margarito Miramontes al final de un pasillo tapizado de felpa roja, y a unos cincuenta centímetros del bar del Vesubio. Allí se sentaron alrededor de una pequeña mesa octogonal con tapete verde y creyeron que nadie los estaba viendo, pero, como sucede siempre, hubo un testigo involuntario.

— ¿Cómo dice? — interrumpió Dorotea acurrucando a Umberto.

— Clorinda Rojas, la mujer de Servando — dijo el padre Gutiérrez secándose el sudor de las cejas con un pañuelo de color obispo —. Clorinda escuchó todo y supo que estaban hablando de algo importante y extraño:

— Yo entiendo poco de la vida de ultratumba — sonríe Margarito Miramontes — pero me apasiona el poder de la mente: hace algunos meses inventamos el purificador nocturno. Era otoño, hace frío, y según dijo el Carmelo usted estaba todavía muy lejos de Facatativa. ¿Cuándo decidió venir? Deseo confesarle que el purificador es producto de la concentración colectiva de nuestro cerebro. El Carmelo jura que eso se llama fuerza omnipotente y sólo se consigue por medio del entrenamiento forzado. ¿En qué está pensando?

— Yo no pienso: yo medito — sonríe I. B. desatando abúlicamente su turbante blanco —. Nací en Bhubaneswar, a trece kilómetros del Mar Disecado, y durante muchos años viví muerto de sed hasta que una noche, estando de rodillas en mi pequeña celda del monasterio de los montes Ajanta, se me vino a la cabeza el fluido con el secreto de la Técnica de la Meditación Trascendental, y sólo entonces pude descubrir la brújula, la pólvora, el telescopio, el cañón y la imprenta. Sin embargo tuve miedo y vergüenza de inventar tantos juegos materiales y caí en un estado de absoluta melancolía, como sucede a veces con los totochilos. En Bhubaneswar no existen estos pájaros y nadie vuela porque el cielo está lleno de buitres y la Organización de Voluntarios anda sepultando cadáveres abandonados y otros muertos que se murieron cuando iban por el camino que lleva al Golfo de Bengala. Me puse tan triste y tan débil que no supe qué hacer: mi turbante se desplomó y mis orejas se veían pálidas como las de un pájaro bobo.

— O como los peces de Tzintzuntzan — interrumpe Margarito y del bolsillo de su camisa desenrolla un avión de papel escarlata.

— Sentí que me iba a morir — tiembla el desconocido —: tuve la impresión de que mi espíritu estaba recogándose como una red cruel. No tengo aire, pero nadie responde. Entonces me subí al abedul y desde el cielo grité no me abandones, Maestro: de inmediato se hizo la luz y puse en práctica toda la Técnica de la Meditación Trascendental y vi cómo se abría el mundo. Ahora estamos aquí pero tampoco estamos: tú y yo soy tú porque así vino escrito y ninguno puede más que la escritura.

— ¿Podría yo conocer el secreto? — pregunta Margarito Miramontes y permanece con la boca abierta.

— La Técnica es tuya — sonrío I. B. y Margarito empieza a ver de color azul las puertas del bar del Vesubio —. Todo dependerá de tu criterio.

Umberto estaba moviendo su cola con astucia y violencia, y Dorotea piensa en Clorinda Rojas y suspira como hechizada.

— Y así ocurrió porque Margarito se fue ensimismando — dijo el padre Gutiérrez —: a los cinco días se puso débil, oblicuo, y una noche vino por la Calle del Establo con un turbante negro en la cabeza y los ojos pardos como el olivo. ¿Qué te pasa? le preguntó Carmelo y Margarito le hizo el gesto cómplice, tensó el ojo izquierdo, pero Carmelo no pudo descubrir la clave y no abrió sus labios, aunque tuvo muchas ganas de continuar hablando. Todos los vecinos del pueblo se fueron a dormir y habían pasado tres horas cuando sentimos los bombardeos y se armó la sambumbia: por Facatativa corría el fuego de los arcabuces y los morteros, los mosquetes y las metralletas, los cañones de los tanques y los rifles de salón. Era el golpe de estado y el desorden fue absoluto: todos trataban de salvarse y desaparecían bajo los árboles como si huyeran de una plaga de vampiros. Nadie quedó entre las piedras y se escuchaba el llanto de un niño y el relincho de un caballo. Al día siguiente conocimos los tres primeros bandos de la Junta de Gobierno. Primero: está prohibido hablar, leer en voz alta y silbar en público, cualquiera que sea el tema que se hable, la escritura que se lea o la melodía que se silbe. Segundo: nadie debe salir de sus casas y todo el mundo habrá de abstenerse. No entren en ellas y eviten cualquier acto consciente o inconsciente que merezca la sospecha de las nuevas autoridades. Tercero: se ordena expulsar del territorio de Facatativa al ayunador del turbante blanco por el delito de difundir el uso disolvente de la Técnica de la Meditación Trascendental.

— Pero no pudieron pillarlo: ¿verdad que nunca? — preguntó Dorotea con sus rodillas juntas y la nariz pálida.

— Por supuesto que sí — dijo el cura cuando el sudor subía sobre el alzacuello —. Antes de venir la noche y el sonido de las tórtolas, una patrulla al mando del capitán Arsenio Baeza, el del bigote almidonado, tendió la red y capturó al desconocido del turbante en el minuto del gran entusiasmo, cuando el ayunador se había subido a la terraza del Vesubio y desde allí predicaba su misteriosa Técnica. Bájate de ahí, palomilla, dijo el

capitán Baeza y lo agarró del turbante y a puntapiés lo obligó a descender, gateando, los quince pisos del edificio, entre las burlas de los soldados y los gestos obscenos. En las primeras horas del jueves lo subieron al helicóptero de la Fuerza Aérea y nunca más supimos de él.

— ¿Qué sucedió con Margarito? — preguntó Dorotea sollozando y Umberto temblaba como un endemoniado.

— Estuvo escondido durante tres meses pero al fin lo capturaron entre los candelabros de una pequeña iglesia del barrio de San Miguel, y se lo llevaron al campo de Tejas Verdes: allí recibió el castigo que lo fue destruyendo hasta que amaneció muerto con los ojos de un enfermo de melancolía, además del hambre y el frío.

Umberto se había inclinado y Dorotea no supo qué hacer con sus rodillas: agitó las llaves y quiso morderlas.

— Así termina la historia de Margarito Miramontes, el ayudante del ayunador — dijo el padre Gutiérrez —: y con el desvanecimiento de Margarito, los secretos de la Técnica de la Meditación Trascendental fueron a dar a una de las tumbas del Cementerio Metropolitano, y hoy nadie los conoce.

— Pero cómo — dijo Dorotea —. ¿Margarito se murió o se desvaneció?

— Ya nada me consta — dijo el cura —: nadie puede saberlo, ¿quién podría estar seguro?